

**Las muñecas perdidas**

En enero de ese año las lluvias castigaron al sureste de Brasil. Todo comenzó como una llovizna ligera, pero el cielo se fue cerrando. Entre el estruendo de los truenos y el brillo de los relámpagos caía una inmensa cantidad de agua, como no se había visto nunca en aquellos pueblos.

Silvia y Elizabeth eran dos pequeñas hermanas del poblado Nova Friburgo. La tormenta las sorprendió cuando volvían a casa caminando desde la escuela. No lograron alcanzar su hogar, la corriente las arrastró y las llevó a las afueras. Se tomaron muy fuerte de la mano y cientos de metros más adelante Silvia, que era la mayor, logró detenerse de la rama de un árbol. Haciendo un esfuerzo extraordinario para su tamaño, sujetó a su hermana y nadó, con un solo brazo, hasta un terreno seco y seguro.

¡Habían logrado salvarse! Rieron de alegría al darse cuenta de ello. Sin embargo, habían perdido sus mochilas. No es que los útiles les importaran tanto, pero en una de ellas iba Florencia, la muñeca favorita de ambas, a quien querían con toda el alma. Pasaron aquella noche en el campo solas, atemorizadas y friolentas…

Caminaron al pueblo y planearon buscar a Florencia. El panorama del pueblo era muy triste cuando comenzaron su búsqueda. De repente vieron una manita de plástico en la orilla de la calle. ¡Pero no era Florencia, sino la muñeca de otra niña que también se había perdido! “No es la nuestra” comentó Elizabeth. “No” respondió Silvia, “pero vamos a recogerla, pues está sola y triste”.

A su paso recogieron varias muñecas más y ya no podían cargarlas. En un lote baldío instalaron un campamento de muñecos rescatados. Extendieron una sábana sobre el suelo y los fueron acomodando, los secaron, les lavaron la carita y les dieron un beso. Horas después un chiquillo llegó al campamento y les dijo: “Aquí les traigo a otra damnificada”. ¡Esta sí era Florencia! Estaba mugrosa y despeinada, pero no importaba, había vuelto con ellas.

Elizabeth y Silvia no eran las únicas rescatistas de Nova Friburgo. Desde la noche anterior los padres de ambas las buscaban con esfuerzo y entrega. No habían logrado hallarlas, pero fueron reuniendo a todos los chicos que vieron perdidos en la calle y les pidieron permanecer tomados de la mano formando una larga cadena. Cuando los vieron llegar al campamento, Silvia y Elizabeth corrieron a abrazarlos. Los otros niños, por su parte, se apresuraron hasta donde estaban los muñecos y cada uno recuperó sus juguetes perdidos. Permanecieron juntos en el campamento y, en los días siguientes, poco a poco, se reencontraron con sus familias.

 **En las grandes catástrofes (lluvias, inundaciones, terremotos...) se realizan miles de actos solidarios, sin embargo pequeños actos que las personas realizan diariamente quedan inadvertidos para la mayoría de los ojos. Aquí os dejo una serie de ejemplos que nos invitan a reflexionar sobre la cantidad de actos solidarios que hacemos diariamente, pero existen muchísimos más.**

* Comprar comida cuando terminas de comprar y entregarlo a una persona sin hogar
* Crear nuestro propio acto solidario original
* Donar parte de nuestra ropa para alguien que lo necesite
* Donar horas voluntarias  a alguna causa.
* Donar sangre.
* Regalar sonrisas.
* Escuchar a las personas con atención.
* Decir GRACIAS.
* Hacer algo en pos de mejorar el medioambiente (reciclar).
* Hacer algo por alguien que no espera nuestra ayuda.
* Hacer una llamada telefónica inesperada
* Regalar afecto hasta con un abrazo, beso, caricia.
* Regalar alegría a través de una historia, cuento o canción
* Regalar silencio
* Regalar un complemento verbal como “buenos días.
* Una nota inesperada dirigida a esa persona.
* Regalar un cumplido.
* En los números 39 y 40 de la carta encíclica de Juan Pablo II se nos propone que:
* Una solidaridad en cuanto pedagogía para descubrir en el «pobre» un «igual» en el banquete de la vida.
* La base de la solidaridad radica en la empatía, es decir, en entrar en los sentimientos del otro, en encarnarse en la condición del otro, en anonadarse hasta el abismo del otro. De lo contrario, la pretendida solidaridad se convertirá en burocracia o en ayuda a distancia y el «otro» se transformará en un «cliente».